



# Curarme

Mi hermana nació para

Izel vino al mundo para salvarle la vida a su hermana Erine, enferma de leucemia.

Su madre, Esther, se sometió a un tratamiento para tener un bebé que fuera donante compatible con su hija

Texto: GEMMA CARDONA.  
Fotos: CÉSAR NUÑEZ.

Sólo queda tener fe". Esa fue la respuesta que le dio el doctor a Esther González cuando ella le preguntó qué más se podía hacer por su hija. Durante un año, ella y su pareja, Christian, habían esperado sin suerte un donante de médula ósea que curara la leucemia de Erine. Sin el trasplante, su esperanza de vida se reducía a cuatro años como máximo. Tener fe. Cuando un médico te dice algo así de tu hija de dos años, bajas a los infiernos. Tu vida se derrumba, se hace pedacitos. Tienes que decidir qué harás con ella. Esther decidió que, además de tener fe, lucharía por la vida de Erine. Y

emprendió una lucha sin cuartel contra la leucemia que la llevó por hospitales, médicos, un viaje a Bruselas... todo buscando alguna leve esperanza a la que agarrarse. Esther no se considera extraordinaria. Sólo una madre. "Cuando no tienes nada, ¿qué haces? Yo me he tirado cuatro años peleando. La rabia ha sido mi mejor compañera de viaje", dice.

La esperanza llegó a través de una conversación fortuita con una amiga que le habló del Diagnóstico Genético Preimplantacional (DGP), una técnica que permite seleccionar embriones genéticamente. Una de las aplicaciones del DGP es gestar un bebé

compatible con su hermano, para que sea el candidato perfecto para un trasplante de sangre del cordón umbilical. Tener un hermano se convirtió en la única opción viable para Erine. Esther inició los trámites necesarios para que se aceptara su caso. Ahora se han agilizado, pero a principios de 2006 podían suponer meses. Mientras, Erine moría poco a poco, cada vez más debilitada por la enfermedad. La leucemia es una enfermedad cruel. Erine sufría vómitos, diarreas. Le salían quistes. Su débil sistema inmunológico provocaba que cualquier resfriado se convirtiera en una infección peligrosa y las hospitalizaciones se sucedían. En los ingresos, al dolor por el sufrimiento de su hija se sumaba el de ver otros niños con cáncer. “Muere el de al lado, el del otro lado, y tú en medio, intentando pensar que tu hija no morirá. Esos niños acaban siendo casi como tus hijos. Les recuerdo a todos. Jennifer, que vomitaba sangre; Joselito, que vivía en una burbuja esperando un trasplante... He visto un padre con la cara quemada de tanto llorar. He visto a tantos niños sufrir, gritar de dolor... Me decía: ‘Si hay alguien allí arriba, que les ayude, por favor’. Pero no. Mueren. Por eso no creo en Dios”. Erine era consciente del peligro. “Una vez me preguntó si yo lloraría cuando ella muriese. Le dije: ‘Lo mismo que llorarías tú si me pasara a mí’. Erine me contestó: ‘Yo lloraría mucho,

**“Me he sentido muy sola. Por la noche, tus amigos se van a su casa. La enfermedad de mi hija es mía”**

**“He visto a muchos niños sufrir, llorando y gritando de dolor... Y morían. Por eso no creo en Dios”**

**“Me he vuelto más fría, más dura. He pasado tanta pena, que las cosas no me afectan. Me preocupa ser así”**

mami, pero es que yo moriré antes que tú’...”. La crueldad de la enfermedad arrasó también el amor de Christian y Esther. La pareja no supo ayudarse y, al poco, se separó. También la ha cambiado a ella. “He perdido sensibilidad. He pasado tanta pena, que las cosas no me afectan. Me preocupa ser así. Pero es que me he sentido muy sola. La familia y los amigos ayudan, pero por la noche todos se van a su casa y tú te quedas sola. No hay nadie más. La enferme-

dad de mi hija es mía”, explica. Tardaron ocho meses en dictaminar la respuesta a su petición. Y fue negativa. Esther recibió una llamada telefónica, cuando estaba en el hospital con Erine, en uno de los tantos ingresos. La respuesta le provocó un ataque de ansiedad. Por primera vez, los nervios la traicionaron y gritó desesperada a todo el que quisiera oír la que su hija se moría. Sólo reaccionó al ver la cara de miedo de Erine. Ahora, Esther lo recuerda como un momento de inflexión en todo este proceso, quizás el único de desesperanza real. Pensó: “Se acabó. Ya no queda nada más que pueda hacer”. Pero reaccionó. Había perdido un año, pero le quedaba otra baza: si no la aceptaban aquí, podía intentarlo en una clínica extranjera, la Universidad Libre de Bruselas. Tropezó con el coste económico. El coste de todo el proceso rondaba los 20.000 euros, un dinero que no tenía. Y entonces, otra luz. Una amiga le propuso crear una hucha por si la gente del barrio la quería ayudar. Como Esther no quería “dar pena”, decidieron que la hucha llevaría sólo la foto de Erine con un teléfono; así, si alguien se interesaba, la podía llamar y ella le contaría la historia. A los pocos días, las llamadas telefónicas le colapsaban el móvil. Llamadas de gente anónima dispuesta a colaborar, de los comercios, incluso de los taxis de Barcelona ofreciéndose a llevar huchas. Y





así, con la fuerza de la solidaridad bajo el brazo, Esther, Erine y Christian viajaron a Bruselas a empezar el tratamiento de fertilidad. Era marzo de 2007. Erine estaba a punto de cumplir tres años. Es decir, le quedaba uno de crédito. El tratamiento es largo y a veces doloroso. Hay que pincharse hormonas para estimular la ovulación, extraer los ovocitos y fecundarlos en el laboratorio. De éstos, analizar cuál es compatible. Esther produjo 39 óvulos. Los médicos le advirtieron que estaba poniendo su vida en peligro, pero a ella le daba igual. “Una madre no piensa eso. Si tenía que morir para que ella se salvara, adelante. Lo único que me preocupaba es que me diera tiempo a quedarme embarazada”, dice. Los resultados de la fecundación se hicieron esperar tres días. Y esta vez sí, hubo una buena noticia: había seis embriones compatibles. A Esther le implantaron dos. Perdió uno, pero el

### Esther cuenta su historia en el libro “Cuando la vida cura” (Ed. Plataforma)

otro siguió adelante y el 19 de enero de 2008 nació Izel. Su nombre, elegido por Erine, significa “única” en lengua maya. Unos dos meses después, se hizo el trasplante con sangre del cordón umbilical. Izel, con apenas dos meses, acababa de salvar a su hermana.

Hoy la vida, por fin, les sonríe. Izel es una niña preciosa de 15 meses que adora a su hermana. Erine es una niña feliz, muy cariñosa. A sus cinco años, empieza a aprender a escribir, a ir a la escuela. En definitiva, a hacer una vida completamente normal. “Siempre le decía que tenía que pelear para poder ir al parque, comer chucherías, vestirse de princesa... y lo hemos conseguido”. Esther sonríe al mirar a sus dos hijas. Quiere disfrutar del presente. “No me planteo el futuro. Erine tiene una enfermedad crónica. Sé que algún día puede volver a aparecer... pero, si pasa, yo estaré allí para volver a luchar por ella”. ●

## ¿QUÉ ES LA SCU?

### ● Un hallazgo vital

En los ochenta se descubrió que la sangre del cordón umbilical (SCU) era rica en células madre hematopoyéticas, es decir, que son capaces de formar cualquier tipo de célula o regenerar el sistema inmunitario. Las células madre también se pueden obtener de la médula ósea y de sangre periférica, pero su extracción es más complicada. Las SCU se sacan del cordón umbilical en el momento del parto. Luego, se congelan.

### ● 80 patologías

Actualmente, hay alrededor de 80 enfermedades que pueden tratarse con células madre, entre las cuales están la leucemia, linfomas, trastornos heredados del sistema inmunitario, etc.

### ● ¿Público o privado?

Se puede donar la SCU a un banco público o guardarla para uso propio en uno privado. En este caso, cuesta unos 2.000 euros, más una cuota de mantenimiento.

### ● La legislación

La ley española obliga a poner la SCU a disposición del banco público. Por eso, los privados tienen sus sedes fuera. “Creo que esto cambiará. Hay demasiado intervencionismo, seguramente por desconocimiento”, opina Albert Gatus, director de Crioestaminal, centro especializado en criopreservación de células madre.

### ● Cifras

A día de hoy, en todo el mundo ha habido 20.000 trasplantes de SCU con éxito; de ellos, 200 fueron autólogos (de uno mismo).